

Derechos reservados de El Colegio de Sonora, ISSN 1870-3925

Migración y transnacionalismo. Experiencias de inmigrantes en el transporte público de San Diego, California, 2004

Gloria Ciria Valdéz-Gardea*

Helene Balslev Clausen**

Resumen: Con la idea de que las prácticas cotidianas entre los inmigrantes mexicanos permiten construir y redefinir el espacio transnacional, como punto de partida, en este artículo se explorará la noción de la migración desde la perspectiva del transnacionalismo, en el marco de las tendencias contemporáneas del fenómeno migratorio en México. Al examinar las interacciones de los inmigrantes en el transporte público en San Diego, California, se buscará entender cómo se crean y recrean sus acciones. Este acercamiento desde un espacio social, permite analizar las interacciones específicas entre sociedades con historias y procesos de desarrollo diferentes.

Palabras clave: migración, transnacionalismo, transporte público, San Diego, espacio social, prácticas cotidianas.

Abstract: Based on the idea that everyday practices among Mexican immigrants allow the construction and redefinition of a transnational space, as a starting point, this article will explore the notion of migration from the perspective of transnationalism, within the framework of current tendencies in Mexican migration. Examining immigrant interactions in the public transportation system in San Diego, California, we will try to understand how they create and recreate their actions. This approach from a social space allows the analysis of the specific interactions between societies with different histories and development processes

Key words: migration, transnationalism, public transportation, San Diego, social space, everyday practices.

* Profesora-investigadora del Programa de Estudios Urbanos y Ambientales de El Colegio de Sonora. Correspondencia: Obregón 54, colonia Centro, C. P. 83000, Hermosillo, Sonora, México. Teléfono 01(662) 259-53-00. Correo electrónico: gvaldez@colson.edu.mx

** Profesora-investigadora de The Study of the Americas, Copenhagen Business School, Dinamarca. Correo electrónico: hbc.eng@cbs.dk

Introducción

En este artículo se explorará la migración, desde la perspectiva del transnacionalismo sociocultural, definida como las prácticas que reconstruyen una idea de comunidad basada en una percepción cultural de pertenencia y obligación mutua, clave para entender la construcción de comunidades y la vida social fuera de las fronteras. La hipótesis principal es que las prácticas cotidianas entre los inmigrantes mexicanos permiten construir y redefinir el espacio social transnacional. Para observar y entender cómo sucede esto, se examinarán las interacciones ocurridas en las unidades de transporte público o camiones de la ciudad de San Diego, California.¹ El análisis desde un espacio social determinado permite observar: a) la multiplicidad de redes complejas y formas de relación que lo construyen y b) el efecto de esas relaciones sociales y discursos transnacionales en las estructuras de poder e identidades.

La perspectiva del transnacionalismo permite ver a los camiones como lugares significativos e importantes de identificación para los inmigrantes, en donde la comunicación cara a cara es un paliativo refrescante para la abstracción alienante de los sistemas de comunicación global (Valdéz-Gardea, en prensa).

Este análisis llevará a concluir que los inmigrantes no sólo construyen y perciben lugares de origen y de destino en términos transnacionales, sino también en conexión con lugares dentro de sus movimientos migratorios, en términos de valores culturales particulares y relaciones sociales practicadas por sus familiares y amigos.

Este artículo no pretende ser un análisis exhaustivo de todos los aspectos del espacio social transnacional, sino un estudio enfocado en la importancia que determinados lugares tienen en la experiencia migratoria, como puntos de entendimiento cultural común. La información presentada proviene del trabajo de campo realizado en el transporte público de San Diego, California, de septiembre de 2003 a julio de 2004. Está basado en conversaciones sostenidas con 80 inmigrantes, en camiones de varias áreas de la ciudad, especialmente en la ruta 41 de Fashion Valley-La Jolla.

¹ San Diego es la segunda ciudad más grande de California y la sexta del país, contaba con 1.3 millones de habitantes hasta el censo de 2005, de los cuales se presume que 25.40 por ciento son de origen hispano o latino. Está situada en el extremo suroeste del estado, debido a su cercanía con la frontera mexicana su población hispana es alta. La ciudad tiene fama por su clima templado y sus numerosas playas; acoge varias bases militares, puertos de la armada y bases de infantería de marina; además, es sede de la mayor flota naval del mundo. Es notable el crecimiento de la inmigración mexicana durante los últimos años, se calcula que a principios del 2006 la población inmigrante indocumentada en EE UU era de aproximadamente 11 millones, de los cuales 6 eran de origen mexicano (*La Jornada*, 19 de agosto, 2006), su perfil demográfico, socioeconómico y legal y su construcción en algunas entidades de Estados Unidos, muestran no solamente la presencia cada vez mayor de esta población, sino su marcada vulnerabilidad, particularmente en entornos como California. Esto, junto con la recesión económica y las contiendas electorales, facilitan el surgimiento de un visible clima antiinmigrante, caracterizado tanto por su retórica como por la generación de iniciativas de ley en contra de los inmigrantes ilegales (Escala 2005, 102). Estas condiciones hostiles, que han empeorado en las últimas décadas, han obligado a los inmigrantes a establecer vínculos con otros, para conocer estrategias de sobrevivencia y adaptación al nuevo entorno, en el cual sufren entre otras cosas, segregación residencial y segmentación del mercado laboral (Levine 2005, 110).

En primer lugar, se incluirá un repaso breve de las teorías migratorias; después se analizará el concepto de transnacionalismo, el cual requiere de precisión; luego un análisis de los mecanismos a partir de los cuales los inmigrantes construyen y redefinen el espacio social transnacional, según el concepto de comunidad imaginaria de Anderson (1983). Posteriormente, se examinará un estudio de caso: las interacciones e intercambios de recursos entre los inmigrantes mexicanos en los camiones públicos en San Diego, con el propósito de comprender de qué manera construyen las relaciones sociales en un espacio transnacional.

Repaso breve de las teorías migratorias

La migración no es un fenómeno que ocurre entre naciones iguales, sino entre sociedades con historias y procesos de desarrollo diferentes y particulares, y que han establecido vínculos específicos. El transnacionalismo evoca una idea de movimiento de ida y vuelta, que permite sostener una presencia en dos sociedades o más, y en varias culturas, capitalizando las oportunidades económicas y políticas creadas por tener vidas duales. Es decir, los inmigrantes transnacionales no trabajan, rezan y expresan sus intereses políticos dentro de un solo Estado-nación, sino en varios contextos.

Para analizar la migración se utilizaron varias teorías, por lo que no es posible pensar en una aproximación única que reclame la legitimidad exclusiva dentro de este enfoque. Los estudios tradicionales de migración se centraban en el proceso de incorporación o asimilación de los inmigrantes al país nuevo; su perspectiva era muy optimista, partía del supuesto de que podía ocurrir una integración gradual de los inmigrantes al resto de la sociedad. Este marco de análisis examinaba al país o la comunidad de origen y de destino de los inmigrantes como dos sociedades separadas, sólo trataba a éstos como individuos que salían de un país o llegaban a otro (Gordon 1964; Alba y Nee 1997, 870; Rumbaut y Portes 1996).

El estudio antropológico sobre los inmigrantes caribeños en Nueva York, de Constance Sutton y Elena Chaney (1987), rebasó la dicotomía de los estudios sobre la migración que analizaba por separado la sociedad de origen y la de destino. Estas investigadoras dieron los primeros pasos para elaborar la perspectiva transnacional sobre la migración, y la discusión sobre los sistemas culturales transnacionales rompió con el viejo esquema, pues generó una conciencia de la existencia de “[...] una continuidad e intensa fluidez de personas, ideas, prácticas e ideologías bidireccionales entre la región caribeña y la ciudad de Nueva York”² (Sutton y Chaney 1987, 20).

Este trabajo demostró la limitación que supone conservar el concepto de Estado-nación como entidad analítica, y sentó las bases para estudios sobre sistemas culturales transnacionales.

² La traducción es nuestra.

En resumen, los inmigrantes construyen activamente relaciones múltiples en áreas diferentes de acción social, que trascienden las fronteras nacionales —a través de movimientos constantes de recursos materiales y simbólicos—, que no se limitan a un lugar único, y en el que es necesario situar a quienes podrían o no insertarse en esta área.

El transnacionalismo

Durante los años noventa se realizaron muchas investigaciones dentro de ese marco teórico transnacional (Glick-Schiller, Basch y Szanton Blanc 1992; Mahler 1998; Vertovec 1999, 453), y las comunidades transnacionales de emigrantes han sido estudiadas ampliamente (Basch y Szanton Blanc 1994; Guarnizo y Smith 1998; Iztigsohn, Cabral, Medina y Vázquez 1999 320). La mayoría examina la organización social o la reconfiguración de los grupos cuando se adaptan al contexto allende las fronteras. Estos estudios manifiestan el surgimiento de prácticas e instituciones sociales transnacionales, que construyen un espacio de sociabilidad e identificación entre los emigrantes y la gente del país de origen (Iztigsohn y Saucedo 2002, 788). Establecen que las relaciones no son antitéticas, al contrario, las investigaciones se orientan más hacia la observación de la asimilación gradual de los inmigrantes a la sociedad. Alejandro Portes, reconocido sociólogo en la investigación sobre migración transnacional, (Rumbaut y Portes 1996), propone una “asimilación segmentada”, refiriéndose a la ocurrida en culturas diferentes; subraya que no todos los inmigrantes son transnacionales, y lo más común es que participen en prácticas transnacionales sólo de vez en cuando. Por ejemplo, sus estudios muestran que sólo 15 por ciento de los inmigrantes dominicanos, salvadoreños y colombianos que vive en Estados Unidos participa regularmente en actividades transnacionales y éstas aumentan con el tiempo (Guarnizo y Smith 1998; Iztigsohn et al. 1999, 320; Iztigsohn y Saucedo 2002). Sin embargo, ese porcentaje no significa que muchos de los inmigrantes no estén insertos en dichas prácticas, porque los estudios también muestran que la mayoría de ellos participan en tales actividades *de vez en cuando* —lo que sumado con el otro 15 por ciento, constituye una cantidad importante. Por tanto, la influencia de los dinamismos transnacionales es decisiva en la economía, la cultura y la vida cotidiana de sociedades o comunidades enteras.

En los trabajos de Basch, Glick-Schiller y Szanton Blanc (1992, 1994), el transnacionalismo se entiende como el conjunto de procesos mediante los cuales los inmigrantes forjan y sostienen hilos de relaciones sociales múltiples, que conectan a las sociedades de origen con las de destino; es decir, construyen espacios sociales transnacionales que trascienden fronteras geográficas, culturales y políticas, mientras que al mismo tiempo sostienen su participación con la sociedad de origen y la de destino. Es decir, la perspectiva del transnacionalismo implica que las comunidades, aunque separadas geográficamente, tienen un espacio social único para su

análisis. De igual forma, para entender ese cruce es necesario dejar de pensar en la vida social como un fenómeno separado, y empezar a verla como una interconexión dentro de las fronteras de los Estados-nación. Glick-Schiller, Basch y Szanton Blanc (1992) señalan que a través de las actividades diarias y relaciones sociales, económicas y políticas para crear espacios sociales que trascienden fronteras nacionales, de dos sociedades debe hacerse una.

Como lo apuntan Wimmer y Glick Schiller (2003), esa perspectiva del transnacionalismo implica un abandono del *nacionalismo metodológico*; la idea del Estado-nación como un contenedor lógico y natural donde transcurre la vida social. En cambio, el transnacionalismo evoca una idea de movimiento, que permite a los inmigrantes pertenecer a varias culturas y explotar las oportunidades económicas y políticas creadas por tener una vida en dos sociedades. Sin embargo, este punto de vista no significa que pierda importancia lo que sucede en los Estados-nación, como revelan varios estudios (Pries 2001; Levitt y Sørensen 2004). Al contrario, éstos median en diferentes formas los flujos de inversiones transnacionales, la producción cultural, las actividades de las organizaciones no gubernamentales y la migración. Entonces, las localidades están más expuestas a usos distintos y significados de los grupos sociales que ocupan las distintas posiciones de poder más que en un Estado-nación.

Es necesario darle una vuelta más a esa propuesta, y ampliarla con las ideas de Sørensen y Olwig (2002), respecto a que el enfoque analítico es el *livelihood*,³ y no se concentra en un sitio sino en la movilidad, y no sólo en el lugar de origen y de destino, más bien en los movimientos migratorios involucrados en sostener la vida, que trascienden las fronteras políticas o nacionales. Al poner énfasis en el *livelihood*, el análisis se enfoca en todo el espacio social dentro del cual se mueve el emigrante, más que en un destino preconcebido o punto de partida. El concepto de *livelihood* está basado en la idea de que “uno de los rasgos básicos de la vida humana es la movilidad” (Olwig 2002, 9). Olwig (1997, 116; 2002; 2003) sugiere que el análisis debe partir de la relación íntima entre lugar y nación, y también de los movimientos migratorios; que no necesariamente involucran el cruce de personas por las fronteras nacionales, sino más bien su intento de reubicarse en los sistemas socioculturales extendidos y de redes familiares a las cuales pertenecen, según lo muestra sus estudios recientes sobre los inmigrantes del Caribe.

Los movimientos migratorios son variados, y pueden incluir lugares diferentes: pueblos, islas, regiones, Estados-nación y continentes. Además, les permiten a los inmigrantes participar en un abanico de escenarios sociales, económicos, políticos y culturales. Es en esos contextos donde se define y reconfigura la migración y el establecimiento de relaciones transnacionales (Olwig 2003, 787-90).

En suma, los inmigrantes no construyen o perciben a los lugares de origen y de destino como dos distintos, sino como una constelación híbrida de un lugar único.

³ *Livelihood* puede traducirse como medio de vida.

El espacio social transnacional

La discusión sobre el espacio es un tema pendiente en la literatura sobre migración. La falta de definiciones precisas en los estudios sobre espacios sociales transnacionales, que nacen de la migración internacional, exige aclarar los términos. Para propósitos analíticos de este estudio, se separará en tres: espacio económico, político y sociocultural. Estas prácticas no son exclusivas, y mucha gente participa al mismo tiempo en todos los aspectos de la vida transnacional.⁴ Sólo que parecen variar las metas para la acción social y los motivos para involucrarse en los diferentes espacios de la vida transnacional, al igual que el alcance de la participación en esas prácticas (Iztigsohn y Saucedo 2002, 769). El transnacionalismo sociocultural se refiere a los nexos que involucran la recreación de un sentido de comunidad, que abarca a los inmigrantes y a la gente del lugar de origen. Por un lado, los espacios sociales transnacionales están constituidos por recursos variados o del capital material o simbólico de las personas, y por las regulaciones impuestas por los Estados-nación. Debido a que las prácticas transnacionales abarcan una gran variedad de actividades, desde nexos individuales hasta instituciones transnacionales, Faist (2001) ha diferenciado tres categorías:

1. Grupos transnacionales de parentesco, basados en los nexos y obligaciones con la familia y sus miembros o amigos muy cercanos.
2. Circuitos transnacionales como redes, comercio o negocios.
3. Comunidades transnacionales que implican la emergencia de prácticas públicas institucionalizadas, la movilización de representaciones colectivas y el surgimiento de un sentido de solidaridad.

Aquí se explorará cómo se construyen los espacios sociales transnacionales en los camiones públicos en San Diego, a través de las interacciones e intercambios entre los inmigrantes, para lo cual se partirá de las características de la categoría 3 de Faist.

En las relaciones simbólicas y sociales existen tres tipos diferentes de recursos que les permiten a los individuos participar o cooperar: las redes, los grupos y las organizaciones. La solidaridad dentro de las redes y con quienes se comparten posiciones similares —como las relaciones familiares o la pertenencia a la misma comunidad—, se establece a través de lazos simbólicos, por ejemplo una de las identidades compartidas como identificadora podría ser el hecho de proceder del mismo Estado-nación, y tener una colectividad nacional común basada en símbolos patrios. Se trata de una forma expresiva de transacción social, y “representación colectiva” la más importante es la solidaridad (Durkheim 1965, 471, citado en

⁴ Por ejemplo, mujeres inmigrantes mexicanas incrustadas en prácticas transnacionales pueden tener un negocio de importación-exportación con su país de origen, e insistir en que el esposo (mexicano) les ayude con tareas domésticas, porque han visto que en Estados Unidos los parejas las comparten. De esa manera, están incrustadas en distintos espacios de acción al mismo tiempo.

Faist 1999). Esa la constituyen las creencias, evaluaciones, símbolos comunes, y las representaciones pueden ser explícitas a través de identidades colectivas, y de esa forma referirse a una unidad social de acción. Dentro de los espacios transnacionales los inmigrantes reconstruyen sus identidades política, nacional, racial y étnica como una adaptación a su existencia bi o multinacional fluida; asumen identidades múltiples cuando negocian sus posiciones entre y dentro de los Estados-nación (Kearney 1995; Glick Schiller et al. 1992, 10).

En resumen, la idea básica es el alcance de las personas (o la colectividad) en otras relaciones directas o indirectas de importancia, para controlar el flujo de información, la autoridad y el ejercicio de poder y de otros recursos. Entonces, el espacio social transnacional implica un intercambio de ideas y prácticas entre el país de origen y el lugar de destino. Un espacio social común es, en el presente caso de estudio, el transporte público que se transforma en uno social transnacional, cuando los inmigrantes mexicanos analizados intercambian ideas, prácticas, etcétera, con referencias de sus experiencias migratorias, del lugar de origen y el de destino.

La comunidad imaginaria

La idea sobre “comunidades imaginarias”, elaborada por Benedict Anderson⁵ (1983), permitirá entender cómo cree la gente en la existencia de una comunidad con la que comparte rasgos y a la que pertenece una gran cantidad de personas, con las que nunca tendrá contacto; también, cuáles son los mecanismos y cómo se sostiene este espacio imaginario. Básicamente, la comunidad es una construcción simbólica, y debe entenderse como pensada e imaginada para que la gente la utilice de forma estratégica y retórica. Anderson (1983, 6) plantea que “[...] todas las comunidades más grandes que los pueblos primitivos de contacto cara a cara (y quizá incluso ellas) son imaginarias”.⁶ En la cita anterior se establece que la nación se basa en lazos imaginarios creados alrededor de una idea de “relaciones amistosas horizontales profundas” (Anderson 1983, 7), lo cual implica que la colectividad cruza e ignora los distintos estratos socioeconómicos. A pesar de que esta noción se toma del *printcapitalism*, aspecto no relevante para este caso de estudio, los mecanismos de la idea son los básicos para entender a la comunidad como imaginaria, más que una forma específica de interacción social, pues el argumento central de Anderson enfatiza la distinción importante entre la realidad entendida como efecto y verdad.

La crítica fuerte a esa idea de Anderson es que no toma suficientemente en cuenta la dimensión social, y al contrario pone demasiado énfasis en la cultural

⁵ Anderson (1983) percibe la nación como “comunidades imaginarias”, surgidas con la tecnología de la imprenta, un fenómeno llamado *printcapitalism*. Él pone énfasis en el aspecto comunicativo, es decir, su idea básica es que personas que nunca se conocen en la realidad pueden sentirse parte de la misma sociedad a través de la palabra impresa.

⁶ La traducción es nuestra.

(Kaspersen 2005). Igual que Anderson, otro estudio revelador sostiene que la comunidad debe ser entendida no tanto como una práctica social sino como una estructura simbólica. “La gente construye simbólicamente la comunidad, haciendo de ella un recurso y contenedor de significado, y un referente de su identidad” (Cohen 1985).⁷

La cita muestra lo que el estudio de caso presente utiliza como referencia a México, es decir, la emigración de sus habitantes contribuye a que sus familiares y en general el país estén en situación mejor. El sentimiento de comunidad es algo mental, una máscara de igualdad que todos pueden llevar. Funciona como una presencia simbólica poderosa en la vida de la gente, y le otorga una referencia en relación con su identidad personal (Jenkins 1996, 105-106; Cohen 1985). Una comunidad cubre entonces muchos significados porque sus miembros tienen nociones diferentes, y por eso ellos perciben de manera distinta a la comunidad y sus símbolos. Lo importante es que los símbolos comunes los hacen parecer iguales (Cohen 1985, citado en Jenkins 1996, 107). La comunidad no es tanto un mecanismo integrador, sino que más bien reúne, por eso su realidad se basa en lo que la gente cree y percibe que existe en ella.

Aspectos metodológicos

Cuando se analizan los cambios del fenómeno migratorio en México, su transformación no se debe encapsular en un proceso global, que opaca las singularidades de su desarrollo. Por eso este trabajo sigue la línea que enfatizan la importancia de estudiar los cambios de la migración, a partir de la vida cotidiana de los propios protagonistas, y la institucionalización de dichos cambios en la construcción de espacios y agentes sociales, que sintetizan eventos y sucesos de territorialidades diferentes (Velasco 1998).

En este artículo, la estructura conceptual consiste en comprender el concepto de transnacionalismo, y conocer los mecanismos que construyen el espacio social transnacional imaginario, para después explicar cómo las prácticas de los inmigrantes mexicanos lo reconstruyen y reconfiguran aplicando el concepto de transnacionalismo y comunidad. La idea es explorar las microdinámicas en las prácticas sociales de los inmigrantes. Para lograrlo, se realizó trabajo de campo antropológico tradicional en los camiones públicos en San Diego, California, durante diez meses. En este tiempo se observó y participó en las conversaciones de la gente, y en la creación y recreación de redes sociales. En los camiones los inmigrantes establecen contactos diarios, es un lugar donde se extienden las redes sociales, que son vitales y se utilizan para encontrar empleo, vivienda, información de cómo obtener servicios de gobierno y escuelas para los hijos. También, se aprende de la cultura local, se establecen contactos, soporte moral, etcétera.

⁷ La traducción es nuestra.

En esos meses recorrimos San Diego, y conversamos con aproximadamente 80 personas en varios puntos importantes como La Jolla, University Towner Center, Old Town, Linda Vista, Chula Vista, Clairemont, Pacific Beach, Mira Mesa, Downtown, San Bernardo Ranch, San Ysidro, Tijuana, Viejas Casino, University City y North Park. En el camión establecimos lazos de confianza con algunos informantes, a quienes por coincidencia volvimos a ver, especialmente en la ruta 41 de Fashion Valley-La Jolla; que tomábamos de casa a la Universidad de California, y permitió establecer confianza y realizar entrevistas semiestructuradas a diez personas, con la ayuda de un guión temático⁸ que, junto con las conversaciones informales y las observaciones en el camión, sentaron las bases para el análisis. Las preguntas giraron en torno al lugar de origen, área de residencia en San Diego, experiencia de cruce, situación laboral, familia, redes sociales y familiares. En particular, el interés era conocer las experiencias del inmigrante en la búsqueda de vivienda, y la construcción de redes sociales con otros para la creación de lazos transnacionales.⁹

Durante los diez meses en San Diego, convivimos en muchas ocasiones con los inmigrantes, que conocíamos en el camión, en escenarios diferentes; los acompañamos al supermercado, la farmacia, a realizar alguna transacción de envío de dinero, al banco, a comer o tomar café, a misa los domingos, a recoger un paisano recién llegado a San Ysidro, etcétera. También nos invitaron a sus fiestas y hogares.

Cada vez que fue posible, se participó activamente en la vida diaria y en los eventos de los inmigrantes, para observar lo que no contaban, como por ejemplo las estructuras familiares, las relaciones entre amigos y los contrastes sociales. Mientras que con las aproximaciones centradas en los actores se corre el riesgo de perder las condiciones estructurales, igual tienen la ventaja de subrayar las motivaciones y significados y el lugar de la gente, como su propio agente en los procesos de transformación (Vertovec 2004, 974-975).

El trabajo de campo contemporáneo enfatiza la relación estrecha entre sujeto y objeto, que interactúan e intercambian información durante el proceso de investigación. Tanto el sujeto como el objeto son subordinados de la nueva entidad que implica el encuentro de culturas (Hastrup y Ramløv 1989, 8), contrario al trabajo de campo de los años noventa, el cual se distinguía por la separación de la relación entre ellos.

Como base para la “saturación de información”, retomamos la triangulación de datos; es decir, la combinación de distintas fuentes de información y de metodologías, para investigar el mismo fenómeno (Kruuse 1989, 52).

⁸ Puesto que el método cualitativo se basa en el ideal científico hermenéutico, en el que se pone énfasis en la comprensión de los fenómenos a través de investigaciones a profundidad, de pocas personas (Kruuse 1989, 28-29), se realizaron entrevistas semiestructuradas, es decir, se prepara la idea general y una serie de preguntas, y se deja un espacio para profundizar en preguntas y temas determinados.

⁹ Aunque el presente artículo se apoya en el análisis de esas entrevistas y las observaciones realizadas, el proceso interpretativo también lo hace en un quehacer etnográfico de cuatro años (1998-2002) en Tucson, Arizona, con la comunidad de inmigrantes, especialmente trabajadoras domésticas, que permitió un acercamiento a la vida de la gente.

La Ruta 41 Fashion Valley-La Jolla

Fashion Valley es uno de los centros comerciales más importantes de San Diego. En sus inmediaciones se encuentra la parada del metro que lleva a San Ysidro, frontera con Tijuana, y la estación de camiones que conecta al pasajero con las diferentes rutas. La 41 cruza la ciudad de sur a norte hasta la zona residencial La Jolla, en donde se localiza el campus San Diego de la Universidad de California, el Veterans Medical Center, el University Medical Center, así como una gran variedad de restaurantes, tiendas de servicios y varios centros comerciales atractivos para el turista.

El recorrido de estudio fue de lunes a viernes por la mañana, en la ruta 41 hacia La Jolla, a partir de la parada de Genesses y Balboa. Allí, generalmente el camión venía casi lleno con estudiantes de diferentes nacionalidades, trabajadores de la universidad, paisanos que laboraban en los diversos restaurantes del área de La Jolla: Rubio's Mexican Restaurant, Burger King, McDonald's, etcétera; así como trabajadoras domésticas y niñeras.

Por la tarde era la misma ruta 41, de La Jolla a Fashion Valley, a partir de la parada de la universidad, sobre la calle Gilman. El camión se llenaba de estudiantes, trabajadores de la universidad y de los diferentes centros comerciales y restaurantes. Se oían risas, conversaciones en inglés y en otros idiomas. Era común escuchar las llamadas por celular de algún paisano que hablaba del trabajo o de lo mal que le estaba yendo con su compañero de departamento, así como pláticas entre mujeres, que hablaban de la escuela de los hijos, la pelea con el novio o esposo, etcétera.

El ambiente en el camión y la diversidad de actores brindaban un abanico de interacciones sociales. Por una parte, preparatorianos anglosajones bromeaban, de pie, agarrados de la barra metálica con sus mochilas en la espalda, mientras otros en los asientos de atrás hacían su propia fiesta y hablaban en *spanglish*. En otra parte del camión, dos mujeres mixtecas hablaban en su lengua materna, y un grupo de jóvenes con capacidades especiales preguntaban a su guía cuándo llegarían al mall. También viajaba el pasajero solitario que escuchaba música en su *i-pod*, o en un reproductor de discos compactos o los que venían dormidos recargados en las ventanillas, después de un día de trabajo.

Era frecuente ver a mujeres, que trabajaban en las residencias de La Jolla, tomar el camión en la parada de la universidad. Por lo que resultaba común encontrar a las mismas personas de tres a cuatro veces por semana, incluso había ocasiones en que la conversación en el camión era con la misma mujer por la mañana, cuando se dirigía a trabajar a La Jolla, y por la tarde al regreso de sus labores. Por ejemplo, Tina, una mujer alta, pelo corto y tez blanca, de 52 años de edad originaria de Torreón, Coahuila. La primera pregunta para ella fue ¿eres de México?, ella sonrió, mientras asintió con la cabeza.

Yo tenía pocas semanas en San Diego, no conocía a casi nadie, así que me veía reflejada en esas miradas de compatriotas recién arribados al área, que subían al camión o al metro viendo o buscando a algún conocido y tratando de hacer contacto ocular, para propiciar una plática o pedir alguna información como la hora,

preguntar por una ruta de camión, o simplemente hablar de las vicisitudes del trabajo, clima, hijos, esposo, novio o de la familia que se quedó en México, etcétera.

Platicábamos durante todo el trayecto, nos bajábamos en la parada de la universidad para caminar por el campus, que Tina cruzaba diariamente para llegar a su lugar de trabajo. Al atardecer coincidíamos de nuevo en la parada de la universidad; nuestras conversaciones giraban en torno al trabajo, la familia y las experiencias de vivir en San Diego. Como nueva en la ciudad no conocía muchos lugares, así que Tina, quien tenía cinco años de radicar allí, me asesoró en aspectos como dónde comprar más barato el mandado, qué banco cobraba menos intereses al abrir una cuenta de ahorros, con qué tarjeta se podía hablar más minutos a México, qué compañía telefónica me convenía contratar, etcétera.

La información proporcionada por Tina nos ayudó a establecernos con más facilidad en la ciudad. Es justo este tipo de interacciones las que nos interesa analizar, por lo que a continuación presentaremos dos ejemplos de cómo el transporte público se ha vuelto un espacio social transnacional, lleno de información vital para manejarse mejor en la vida “al otro lado”. También, analizaremos ese espacio social a partir de la perspectiva sociocultural e intentaremos entender, con la idea de la comunidad, cómo la interacción construye y redefine el espacio social transnacional. Ilustraremos los argumentos teóricos con los casos de Laura y Amanda, ambas trabajadoras domésticas en residencias de La Jolla.

Encuentros con Laura

En San Diego, lo primero que observamos cuando subimos al camión ruta 41, después de enseñar nuestra credencial, fue a Laura, una señora de 29 años originaria de Puebla, recargada en la ventana de un asiento del lado derecho del camión. Hicimos contacto visual, sonrió, le sonreí también, e iniciamos una conversación como la de dos personas identificadas por una conexión cultural y experiencial: ambas éramos mexicanas, madres y estábamos lejos de nuestros hogares. Laura llegó a San Diego por primera vez en 1995, ha regresado a México tres veces, mismas que ha cruzado en forma ilegal hacia Estados Unidos. Como en otras ocasiones, esta vez llegó cargada con retratos de familiares, de la virgen María, condimentos, dulces tradicionales, pasta de mole poblano, chiles y otras cosas dirigidas a paisanos radicados en San Diego, quienes no pueden correr los riesgos de regresar. Por las tardes, después de trabajar, Laura les prepara la cena y el almuerzo para la mañana siguiente a 12 señores originarios del sureste mexicano, quienes en su mayoría trabajan en la industria de la construcción y en jardinería, que viven en el mismo complejo de departamentos en Chula Vista.

Veíamos a Laura con frecuencia en la ruta 41, y un día nos invitó a comer mole. A partir de las 5:30 de la tarde llegaban en grupos pequeños los abonados al departamento de dos recámaras, que Laura compartía con una pareja. La casa estaba decorada con un cuadro de la virgen de Guadalupe, colgado en la pared de la salita y una veladora encendida en la mesa; cruces de palma pequeñas, colocadas en la pared que une la salita comedor y la cocina, una planta gigante de plástico, y

amenizaba el hogar con música de los Tigres del Norte. Laura cobra 45 dólares a la semana, y siempre prepara platillos típicos de su región, como chiles poblanos, arroz, frijoles y mole; sus amistades piensan que cobra muy barato, pero ella considera que de esa manera los ayuda aunque sea un poco.

La comunidad imaginaria se ve expresada en las interacciones entre los inmigrantes latinos. Ellos se identifican por su lenguaje, experiencias migratorias y de acceso a servicios (salud y educación) en el lugar, redes de amigos y familiares que fueron introducidos al llegar y por las experiencias laborales, entre otros. En los espacios como el camión público, los inmigrantes aprovechan el viaje para convivir, lo que los lleva a intercambiar información de sobrevivencia y también de aspectos de la vida diaria, de tal forma logran sentirse parte de una colectividad particular que en nuestro estudio de caso se construye a través de las prácticas e interacciones reflejadas en el intercambio de información, símbolos e ideas que son de vital importancia, y fungen como alternativas para los inmigrantes que se ven severamente constreñidos en su movilidad, por el costo y peligro de cruzar la frontera. En el camión era común escuchar algunas preguntas: ¿y cómo estaba el clima por tu tierra?, ¿batallaste mucho para cruzar?, ¿qué comiste?, entre un inmigrante acabado de llegar y otro. Estos contactos establecidos directa o indirectamente en el camión son utilizados en el futuro para enviar dinero, cartas, juguetes, ropa, dulces, especias, etcétera, a familiares a sus lugares de origen.

Esa serie de redes múltiples de relaciones sociales intensas entretejidas a través de ideas, prácticas y recursos realizados por medio de intercambios desiguales, organizados y transformados, que anotan Levitt y Glick Schiller (2004), definen el espacio social transnacional igual que en los camiones públicos. Como la comunidad es una construcción simbólica y debe entenderse como pensada e imaginada, la comida mexicana representa en el espacio transnacional un símbolo fuerte de identificación para todos los inmigrantes mexicanos. Como bien apuntan Jenkins (1996) y Cohen (1985), aunque cada persona tiene una experiencia distinta con la comida mexicana, el símbolo de ella es tan flexible y amplio, que sirve para que todos se identifiquen y los iguale de alguna manera; así sienten pertenecer a la misma colectividad. La comida se vuelve un símbolo, una referencia tanto de identidad como de conocimiento compartido, y entre los inmigrantes ocurre no necesariamente porque conocen la sazón del mole de Puebla, sino porque para ellos la comida mexicana con mole es uno de los símbolos de identidad más fuertes. Entonces, como anotan estos autores, el sentimiento de pertenecer a una comunidad es como una máscara de igualdad que todos pueden llevar, además funciona como una presencia simbólica poderosa en la vida de las personas, que les da una referencia en relación con su identidad personal. También, ir a comer a ese lugar e involucrarlo como parte de las experiencias compartidas, lo vuelve parte de la construcción del espacio transnacional sociocultural del que habla Itzigsohn y Saucedo (2002); es decir, de cómo las prácticas de sociabilidad y de ayuda mutua están enraizadas en un entendimiento cultural de pertenencia y obligación recíproca. Esa participación sociocultural es más guiada por motivos simbólicos y de afecto que de racionalidad instrumental, lo que reconfirma la colectividad imaginaria.

Es importante destacar que la comunidad no es tanto un mecanismo que integre sino más bien que reúne, por eso su realidad se basa en lo que las personas creen y perciben de ella (Balslev 1997). En resumen, los inmigrantes no sólo ven la casa de Laura con la sazón de Puebla, como parte del mundo “de lo mexicano” y de sus movimientos migratorios pasados, sino también como una parte importante de su vida cotidiana en Estados Unidos.

El camión es un espacio donde ocurre el intercambio de información mientras la gente llega a su destino. Así le sucedió a Amanda, de 45 años de edad, soltera, originaria de una comunidad de Oaxaca y radicada en San Diego desde hace cinco años. Ella, al igual que la mayoría de las personas con las que conversamos en el transporte público (72 de 80), comparte el lugar donde vive, debido a los altos costos de la vivienda.

Encuentros con Amanda

Como a las tres de la tarde tomé el camión, la misma ruta 41, rumbo a casa. Antes de subir ví a Amanda, a quien había conocido días atrás. Ella andaba buscando rentar un cuarto en dónde vivir, pues el departamento de dos recámaras que compartía con una pareja y su hijo, lo iban a vender, y tenían hasta el último día del mes para desalojarlo. A través de una persona que conoció en el camión, la habían recomendado a un matrimonio recién llegado del Distrito Federal que buscaba compartir su departamento. Al parecer, el señor trabajaba en la Universidad de California y la señora viajaría continuamente a la Ciudad de México, pues no le gustaba mucho estar en San Diego. Amanda pagaría 400 dólares al mes por el cuarto; sin embargo, pese a que el trato ya estaba “apalabrado”, como ella dice, no se concretó, pues surgieron algunos inconvenientes. Amanda fue, en compañía de una amiga, a conocer el departamento y a la familia, y a entregar los 400 dólares como parte de su renta. Dice que la señora la miró con un dejo de desdén e indiferencia que no le gustó. Las cosas se complicaron más cuando Amanda le pidió un recibo y la llave del que sería su cuarto. La señora se molestó, le dijo que no le parecía que ella fuera tan desconfiada, pues en México eso no se usaba. Amanda contestó que aquí en Estados Unidos las cosas se hacían así, y que era una manera de los inmigrantes para protegerse. Entonces la señora le dijo que por eso no les iba bien, a diferencia de ellos, que eran gente bien preparada. Amanda le contestó que no parecían personas muy preparadas, pues si lo fueran deberían entender o ser más considerados con los más ignorantes. Lo que la molestó aún más fue la referencia hecha por la señora al aspecto físico de la amiga que la había acompañado, de quien dijo se veía corriente y vulgar. Por lo anterior el trato se deshizo.

Este incidente da una idea de lo que apuntan Wimmer y Glick Schiller (2002), respecto a que el espacio social transnacional no se construye con base en el contenedor lógico de Estado-nación, sino en prácticas e interacciones reflejadas tanto en símbolos, valores y reglas mexicanas y estadounidenses, que al mismo tiempo juegan un papel importante. Es decir, la señora esperaba que por pertenecer a la misma comunidad imaginaria que Amanda, es decir, ser “mexicanas”, podía refe-

rirse a experiencias comunes, como mostrar confianza y compartir las mismas costumbres y reglas; mientras que Amanda, al tiempo de pertenecer a la misma comunidad imaginaria que la señora, ha adoptado otras reglas, valores y creencias debido a sus distintos movimientos migratorios, los cuales la han hecho reconfigurar su posición en el espacio social transnacional, en el sentido de que ella rechaza la idea de mostrar la confianza “estilo mexicano”. Con su actuación, Amanda también cuestiona las relaciones de clase y poder establecidas en la sociedad mexicana, como lo dicen Levitt y Glick Schiller (2004), ya que la señora, por pertenecer a una clase social más alta, cree que puede mantener esas relaciones de poder en ese espacio social transnacional, que no es autónomo, y en él surgen nuevas relaciones de poder. Amanda puede retar las estructuras de poder establecidas e imponer otras, gracias a los distintos lugares en sus experiencias migratorias; esto es clave para entender que los procesos de incorporación en Estados Unidos y las conexiones transnacionales que mantiene con la sociedad imaginaria mexicana no son opuestos, al contrario se establecen y redefinen paralelamente, como también subrayan Levitt, Glick Schiller y Olwig en sus estudios. El ejemplo de Amanda muestra que no se debe entender la comunidad imaginaria como homogénea, sino como una construcción simbólica llena de contradicciones, pero que sirve como una máscara de igualdad ante el “otro”.

Las conversaciones en el camión, con mujeres y hombres, revelaron que los movimientos migratorios son variados. Por ejemplo, 44 de los inmigrantes entrevistados comentaron sus experiencias de trabajo en otras ciudades de Estados Unidos, otros 25 dijeron que primero habían llegado a trabajar a Tijuana en la maquiladora, para obtener la visa de turista y posteriormente cruzar a Estados Unidos. Estas experiencias brindan al inmigrante conocimientos para manejarse mejor en los lugares nuevos. Además, estos movimientos les permiten participar en un abanico de escenarios sociales, económicos, políticos y culturales donde retan a las estructuras de poder existentes.

Algunas reflexiones finales

La tipología de los espacios transnacionales son combinaciones de lazos, posiciones en redes y organizaciones que trascienden las múltiples barreras nacionales.

El análisis del transporte público, como espacio social transnacional —al igual que la mayoría de los estudios migratorios sobre transnacionalismo— confirma la reorganización de los grupos sociales, cuando éstos se adaptan a un contexto que trasciende fronteras. El ejemplo de Amanda muestra que esos espacios sociales no revelan nociones estáticas de relaciones y posiciones sino que al contrario, denotan manifestaciones sociales dinámicas. Igual a lo apuntado por Faist (1999), los procesos culturales, políticos y económicos en esos espacios transnacionales implican la acumulación, uso y efecto de varios tipos de capital, y Amanda convierte sus experiencias migratorias en parte de sus prácticas diarias. Como afirman Iztigsohn y Saucedo, las prácticas de sociabilidad y la ayuda mutua intercambian ese tipo de

información, enraizada en un entendimiento cultural de pertenencia y obligación recíproca. Conjuntamente, hay ciertos contextos donde la pertenencia a la colectividad abre posibilidades concretas, no sólo para cenar mole mexicano o conseguir un almuerzo bien preparado, sino para negociar su posición simbólica dentro del espacio social.

Al igual que lo mostrado por los estudios de Faist (2001), las interacciones y la colectividad que se reconstruyen constantemente a partir del intercambio de información en esos espacios sociales transnacionales, están basadas en experiencias e ideas compartidas, símbolos expresados en una identidad colectiva, dentro de lazos simbólicos y abstractos como los dos ejemplos descritos (Laura y la comida mexicana y el incidente con Amanda).

Los espacios sociales transnacionales conectan a los actores a través de relaciones directas o indirectas, generando experiencias y categorías de identidad con las que los emigrantes se identifican como individuos o grupos. Es importante destacar que los espacios sociales no sólo deben analizarse independientemente de la acción social, sino como un ámbito de conflicto en el que surgen relaciones de poder nuevas de las estructuras y las estrategias hegemónicas ya establecidas, como lo manifiesta el ejemplo de Amanda. En tal caso, la construcción conceptual de la realidad es una parte de las prácticas de poder de las redes que negocian los discursos sociales y locales.

Lo interesante de los dos ejemplos descritos en detalle, al pensar en la idea de la comunidad imaginaria, es que revelan toda una serie de mecanismos que sostienen la idea de “lo mexicano”, lo que permite a los actores sentirse parte de la misma colectividad. “Lo mexicano” involucra un sentimiento de pertenencia a una comunidad, y como dicen Jenkins y Cohen, es como una máscara de igualdad que todos pueden llevar. Esa máscara o sociedad imaginaria no se limita sólo a tener el español como lengua común, sino que abarca símbolos nacionales reflejados por ejemplo en el sabor particular de la comida mexicana, que permite a los inmigrantes sentirse parte de la identidad nacional mexicana y al mismo tiempo ir a comer en McDonald’s y sentirse parte de la sociedad estadounidense, al compartir prácticas diarias de consumo y otras.

De esta manera, el análisis muestra que repensar los límites de la vida social nos hace entender que la incorporación de los inmigrantes a los Estados-nación y las conexiones transnacionales más que ser procesos opuestos, se establecen y redefinen paralelamente.

La comunidad imaginaria también funciona como identificadora, además de poner límites sociales hacia otros actores; deja que los inmigrantes mexicanos se identifiquen entre ellos en ciertos contextos, y fija límites hacia los demás inmigrantes latinos, el ejemplo de Amanda ilustra cómo ella busca rentar una habitación dirigiéndose a una amiga mexicana, pues se supone que existe cierto entendimiento entre ellas. Sin embargo, en otros contextos, la comunidad imaginaria se conforma de inmigrantes latinos en general, para actuar o manifestarse hacia otros actores, como las marchas de protestas en contra de las políticas antimigratorias realizadas recientemente en Arizona y California por la comunidad latina.

Lo trascendental en este análisis es cómo los miembros de las comunidades imaginarias sienten pertenencia a otras, dependiendo del contexto. Los inmigrantes asumen identidades múltiples al negociar sus posiciones entre y dentro de los Estados-nación. A través de ciertos símbolos y prácticas sociales, ellos construyen comunidades imaginarias, para sobrevivir en espacios sociales complejos. De la misma manera, el análisis subraya que estas relaciones entre la sociedad de origen y las de destino no son antitéticas, al contrario, existe lo que Portes llama “asimilación segmentada” entre las distintas culturas.

Es significativo destacar, como también lo apunta Balslev (1997), que la comunidad no es tanto un mecanismo que integra, sino más bien que reúne, por eso la realidad de la comunidad se basa en lo que las personas creen y perciben de ella. Más bien, esa participación sociocultural está guiada por motivos simbólicos y de afecto, y hace que se reconfirme la colectividad imaginaria.

Bibliografía

- Al-Ali, N. y K. Koser. 2002. *New Approaches to Migration? Transnational Communities and the Transformation of Home*. Londres: Routledge.
- Alba, Richard y Victor Nee. 1997. Rethinking Assimilation Theory for a New Era of Immigration. *International Migration Review* 31 (4): 826-874.
- Álvarez, Rosa María. 2004. Migración y mujer. Ponencia presentada en el Congreso internacional de la Federación Mexicana de Universitarias. Hermosillo: Federación Mexicana de Universitarias (FEMU).
- Anderson, Benedict. 1983. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Anguiano, María Eugenia. 2005. Rumbo al norte: nuevos destinos de la emigración veracruzana. *Migraciones Internacionales* 3 (1): 82-110.
- Balslev Clausen, Helene. 1997. *National Identitet og Kultur i Mexico-en Analyse af lokal Identitet og Kultur i Mestizlandsbyen, San Francisco Aculco*. Copenhagen: Universitetsforlaget København.
- Basch, Linda, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton-Blanc. 1994. *Nations Unbound, Transnational Projects, Postcolonial Predicaments and Deterritorialized Nation-State*. Filadelfia: Gordon & Breach.
- Brettell, Caroline B. y James Hollifield. 2000. *Migration Theory, Talking across Discipline*. Londres: Routledge.

- Canales, Alejandro. 1999. Industrialización, urbanización y crecimiento demográfico en la frontera. *Borderlines* 58 (7:7): 1-6.
- Castles, Stephen y Mark Miller. 1993. *The Age of Migration, International Population Movements in the Modern World*. Londres: The Macmillan Press.
- Cohen, Anthony R. 1985. *The Symbolic Construction of Community*. Londres: Routledge.
- Escala Rabadán, Luis. 2005. Derechos humanos y asociaciones de migrantes mexicanos en California. *Migraciones Internacionales* 9 (3-2): 84-107.
- Faist, Thomas. 2001. *The Volume and Dynamics of International Migration and Transnational Spaces*. Nueva York: Oxford University Press.
- . 1999. *Transnationalization in International Migration: Implications for the Study of Citizenship and Culture*. Working paper, WPTC-99-08. Bremen: Institute for Intercultural and International Studies (InIIS), University of Bremen.
- Glick Schiller, Nina, Linda Basch y Cristina Szanton Blanc. 1992. Transnationalism: a new analytical framework for understanding migration. En *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity and Nationalism Reconsidered*, coordinado por Nina Glick Schiller, Linda Basch y Cristina Szanton-Blanc. *Annals of the New York Academy of Sciences* (645): 25-52.
- Gordon, Milton Myron. 1964. *Assimilation in American Life*. Nueva York: Oxford University Press.
- Guarnizo, Luis y Michael M. Smith. 1998. Introduction. En *Transnationalism from Below, Comparative Urban & Communitive Research* (6). Londres: Transaction Publishers Nueva Jersey.
- Hastrup, Kirsten y Kirsten Ramløv. 1989. *Feltarbejde. Metode*. Copenhague: Universitetsforlaget København.
- Itzigsohn, José, Carlos Dore Cabral, Esther Hernández Medina y Obed Vázquez. 1999. Mapping Dominican Transnationalism: Narrow and Broad Transnational Practices. *Ethnic and Racial Studies* 22 (2): 316-339.
- Itzigsohn, José y Silvia Saucedo. 2002. Immigrant Incorporation and Sociocultural Transnationalism. *International Migration Review* 36 (3): 766-798.
- Jenkins, Richard. 1996. *Social Identity*. Londres: Routledge.
- Kaspersen, Bo. 2005. *Klassisk og Moderne Samfundsteori*. Copenhague: Hans Reitzels Forlag.

- Kearney, Michael. 1995. The Local and the Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism. *Annual Review of Anthropology* (24): 547-565.
- Kruuse, Henrik. 1989. *Kvalitativ Metode og Discussion*. Copenague: Universitetsforlaget, København.
- La Jornada. 2006. Mexicanos, más de la mitad de indocumentados en Estados Unidos. 19 de agosto.
- Landolt, Patricia. 2004. Salvadoran Transnationalism: Towards the Redefinition of the National Community. Working paper 18. John Hopkins University.
- Levine, Elaine. 2005. El proceso de incorporación de inmigrantes mexicanos a la vida y al trabajo en Los Angeles. *Migraciones Internacionales* 9 (3-2): 108-136.
- Levitt, Peggy y Nina Glick Schiller. 2004. Conceptualizing Simultaneity: A Transnational Social Field Perspective on Society. *International Migration Review* (36): 1002-1045.
- y Ninna Nyberg Sørensen. 2004. The Transnational Turn in Migration Studies. *Global Migration Perspectives*. Working paper 6. Geneva: Global Commission on International Migration.
- Lozano, Fernando. 2001. Nuevos orígenes de la migración mexicana a los Estados Unidos: migrantes urbanos versus migrantes rurales. *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. <http://www.ub.es/geocrit/nova.htm>
- Mahler, Sara. 1998. Theoretical and Empirical Contributions. Toward a Research Agenda for Transnationalism. En *Transnationalism from Below*, compilado por Guarnizo y Smith. Nueva Jersey: Transaction Publishers.
- O'Leary, Ana y Gloria Ciria Valdéz-Gardea. 2005. Flexible Labor and Underinvestment in Women's Education on the U.S-Mexico Border. Working paper 32. Tucson: Mexican American Studies and Research Center.
- Olwig, Karen. 2003. Transnational Socio-cultural Systems and Ethnographic Research: Views from an Extended Field Site. *The International Migration Review* 37 (3): 787-794
- . 2002. A Respectable Livelihood: Mobility and Identity in a Caribbean Family. En *Work and Migration: Life and Livelihood in a Globalized World*, compilado por Nina Nyberg Sørensen y Karen Olwig, 85-105. Londres: Routledge.

- _____. 1997. Towards a Reconceptualization of Migration and Transnationalism. En *Livelihood, Identity and Instability*, compilado por Fredriksen y Wilson, 78-89. Copenhague: Center for Development Research.
- Portes, Alejandro. 2003. Theoretical Convergencies and Empirical Evidence in the Study of Immigrant Transnationalism. *International Migration Review* 37 (3): 874-892.
- _____. 2001. Introduction: The Debates and Significance of Immigrant Transnationalism. *Global Networks* 1(3): 181-194.
- Pries, Ludger. 2001. *New Transnational Social Spaces: International Migration and Transnational Companies in the Early Twenty-first Century*. Londres: Routledge.
- Rumbaut, Rubén y Alejandro Portes. 1996. *Immigrant America: A Portrait*. Berkeley: University of California Press.
- Salih, R. 2003. *Gender in Transnationalism: Home, Longing and Belonging among Moroccan Migrant Women*. Londres: Routledge.
- Smith, Robert. 1998. Transnational Localities: Community, Technology and the Politics of Membership within the Context of Mexico and US Migration. En *Transnationalism from Below*, compilado por Smith y Guarnizo, 196-240. Nueva Jersey: Transaction Publishers.
- Sutton, Constance y Elena Chaney. 1987. *Caribbean Life in New York City: Sociocultural Dimensions*. Nueva York: Center for Migrations Studies.
- Sørensen, Ninna Nyberg y Olwig Karen. 2002. Mobile Livelihoods. Making a Living in the World. En *Work and Migration: Life and Livelihood in a Globalized World*, de Karen Olwig y Ninna Sørensen, 34-90. Londres: Routledge.
- Valdéz-Gardea, Gloria. En prensa. *Contribuciones culturales de la mujer migrante en San Diego, California: redes sociales, y la formación de unidades domésticas transnacionales*. Memorias del Congreso de migración y frontera de la Sociedad Sonorense de Historia. Hermosillo: Sociedad Sonorense de Historia.
- Velasco, Laura. 1998. Identidad cultural y territorio: una reflexión en torno a las comunidades transnacionales entre México y Estados Unidos. *región y sociedad* IX (15): 105-130.
- Vertovec, Steven. 2004. Migrant Transnationalism and Modes of Transformation. *The International Migration Review* (38:3): 970-1001.

_____. 1999. Conceiving and Researching Transnationalism. *Ethnic and Racial Studies* (22): 447-462.

Wimmer, Andreas y Nina Glick Schiller. 2002. Methodological Nationalism, the Social Sciences and the Study of Migration: An Essay in Historical Epistemology. *Global Networks* 2 (4): 301-334.